

## Nota de esta edición

*Planilandia* fue publicada por primera vez en Londres, en octubre de 1884, bajo el seudónimo de A. Square e ilustrada por el propio Abbott (dibujos que, además, hemos recuperado para esta edición). La premisa es ingeniosa: en un mundo plano, de dos dimensiones, los habitantes de Planilandia se rigen geoméricamente según el número de lados que tiene cada uno de ellos. Así, las mujeres son líneas rectas, lo más bajo de la sociedad; los soldados y obreros son triángulos; los caballeros y profesionales tienen cuatro y cinco lados —como su protagonista, el Cuadrado—; los hexágonos ya son parte de la nobleza, y así continúa la progresión hasta llegar a la clase más alta: seres con numerosos lados, indistinguibles de un círculo, que dirigen la sociedad. El sistema en Planilandia parece funcionar perfectamente hasta que al Cuadrado se le aparece una esfera, cuya revelación sacudirá todas sus certezas: existe un mundo de tres dimensiones, un *otro* mundo.

El libro se agotó en solo un mes. Algunos críticos lo encontraron incomprensible, pero la ridiculización de la marcada escala social y la descripción degradante hacia las mujeres hizo de *Planilandia* un escrito al menos provocador. Pocos vieron —o muchos no quisieron ver— la fuerte crítica social que construyó su autor: en Planilandia, la inteligencia y la movilidad social dependen del número de lados con el que se nace; en la sociedad victoriana, las costumbres fuertemente arraigadas y una acomodadiza interpretación de la ciencia lograban establecer que el futuro de sus ciudadanos estaba determinado por la condición de su cuna y, aunque no tan abiertamente, por su morfología.

Edwin Abbott (1838-1926), teólogo, clérigo, experto en Shakespeare, autor de numerosas obras y pedagogo por vocación, creía fuertemente que la educación era la manera de romper con el sistema de clases. Siendo director de la City School of London, ideó un innovador currículum educativo que ofrecía a sus estudiantes una variedad de materias —como por ejemplo química, latín, literatura, filología comparada y matemática avanzada—, las cuales les permitirían, al graduarse, seguir un oficio, continuar con los negocios de sus padres o entrar a la universidad. El detalle es que este era un colegio para hombres; las mujeres no contaban con ninguna institución que las preparara para continuar estudios universitarios: Oxford y Cambridge no permitieron el ingreso de mujeres hasta alrededor de 1870 y, aún más, no otorgaron grados académicos hasta 1920 y 1948, respectivamente.

Abbott participó activamente en las distintas iniciativas que ofrecían nuevas oportunidades de formación sin importar sexo, origen o religión, y fue parte importante del Movimiento por la Educación de las Mujeres. No solo predicaba, también practicaba: él mismo preparó a su hija Mary para ingresar a la universidad. Por lo mismo, sería muy injusto que una lectura superficial de *Planilandia* lleve a catalogarlo como sexista.

Sin embargo, podemos sospechar la posibilidad de que haya tenido que lidiar con algo por el estilo, pues en la segunda edición —publicada solo un mes después del lanzamiento y que encontrarán en las siguientes páginas— decidió escribir un prólogo en el cual se apropió muy inteligentemente del rol de su protagonista, el Cuadrado, para informar a sus lectores que entendía absolutamente las críticas y que, luego de una profunda reflexión, se había convencido de que las mujeres son, en muchos sentidos, muy superiores a los círculos.

Las barbaridades que defienden los planilandeses —a veces hilarantes, otras no tanto— se disfrazan de respetables costumbres que los llevarán por la senda del progreso; la indolencia de las clases altas hacia quienes tienen una configuración poligonal menor y la displicencia de los hombres hacia las mujeres —simplemente porque asumen que su «naturaleza femenina» no las deja razonar— se nos muestran dentro de un contexto disparatado; pero al pasar las páginas, el disparate se confirma: aquel mundo plano es penosamente análogo al tridimensional y el relato se convierte en la exposición de una conducta que nadie quiere confesar.

La evolución del pensamiento, sin embargo, no es parte de la costumbre en Planilandia. El Cuadrado, habituado a lo absurdo, recibe como regalo de Año Nuevo una visión tan revolucionaria que lo aterroriza, porque, como verá más adelante, es completamente lógica: si Planilandia es un mundo bidimensional, ¿por qué no podría existir un mundo de tres, o de una, o de infinitas dimensiones?

Esta es la manera en la que Abbott nos enrostra la arrogancia de creer que la única realidad posible es la que podemos ver. Al mismo tiempo nos cuestiona: ¿qué tan capaces somos de aceptar otras ideas, otras gentes, otras verdades? ¿Qué haríamos si lo imposible fuera al mismo tiempo irrefutable? Para el Cuadrado, esta revelación pasa a ser también una especie de experiencia mística cuando consigue comprender el mundo y los hipermundos que existen más allá de su acotada visión. Paradójicamente, su gran pecado es cambiar de opinión ante esa nueva evidencia y, peor aún, intentar compartirla con el resto.

Es extremadamente difícil imaginar realidades fuera de nuestra experiencia. Lo vivimos hace un poco más de cien años cuando Einstein logró deducir que el espacio-tiempo en el que existimos requiere de cuatro dimensiones; lo seguimos viviendo hoy con cada nuevo descubrimiento que escapa de nuestro campo de conocimiento.

En uno de sus muchos libros, *The Spirit on the Waters*, Abbott revisa sus impresiones tras haber escrito *Planilandia*:

Este ejemplo de las cuatro dimensiones, que sugiere otras explicaciones derivadas de las matemáticas, puede cumplir un doble propósito [...]: por un lado, puede llevarnos a visiones más amplias de posibles circunstancias y [de una posible] existencia; por otro lado, puede enseñarnos que la concepción de tales posibilidades no puede, por ningún camino directo, acercarnos más a Dios. Las matemáticas pueden ayudarnos a medir y pesar los planetas, a descubrir los materiales de los que están compuestos, a extraer luz y calor del movimiento del agua y a dominar el universo material; pero incluso si por estos medios pudiéramos ascender a Marte o conversar con los habitantes de Júpiter o Saturno, no estaríamos más cerca del trono divino, excepto en la medida en que estas nuevas experiencias desarrollasen en nuestra modestia el respeto por los hechos, un apego más profundo al orden y la armonía, y una mente más abierta a nuevas observaciones y a nuevas conclusiones a partir de viejas verdades.

En el momento en que escribo estas líneas, han pasado 140 años desde la publicación de *Planilandia*. A pesar de la inmensidad de adelantos y descubrimientos que nos rodean, hoy vivimos en un nuevo delirio, siempre justificado por prometedoras ventajas tecnológicas, económicas y sociales cuyos beneficios aún son nebulosos. Pero, de vez en cuando, recibimos pequeñas revelaciones del universo que habitamos, minúsculos destellos del espíritu que nos permiten vislumbrar cómo podríamos vivir y lo que podemos llegar a ser. Si somos lo suficientemente rebeldes, tal como nuestro Cuadrado, todavía podemos enmendar el rumbo.

El Dodo